

# LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 6 de Enero de 1917

AÑO XIII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 642

## AÑO NUEVO

No es mi ánimo hacer calendario, ni mucho menos me siento con alientos para presagiar lo que puede ocurrir, durante el año de gracia 1917. Son tan densas las nebulosas que nos envuelven por todas partes, que no podemos presentir satisfacciones que ahele todo corazón bien nacido!

No es malo que ya suene en todas las Cancillerías el nombre dulcísimo de paz. Y aunque no sea muy agradable el gesto con que fueron acogidas las indicaciones de paz hechas por los imperios centrales, ello es que no siempre esos gestos y gallardías responden a verdaderos estados de opinión de los pueblos, y no es imposible que éstos desmientan con hechos las gallardas actitudes de los gobiernos atentos a los requerimientos del orgullo más que a la tristísima realidad que aterra a las naciones.

Desde el principio de esta inmensa Joana colectiva, no he sentido más estímulo que los que dicta la razón de la humanidad y la conciencia cristiana. Por esta razón, no he participado de fórmulas ni filias, limitándome a seguir las orientaciones del Pontífice Soberano que ha sabido ajustar su conducta a las reglas de justicia que le impone el sagrado carácter de representante del Dios de la paz.

La humanidad ha dado un paso de retroceso inmenso, en el camino de su civilización. Parecía que las influencias evangélicas y el alto nivel cultural de las naciones habían logrado dulcificar las costumbres y olvidar aquel dicho de *homo homini lupus*. Pero cuán fácilmente se ha derrumbado la torre altísima de la civilización europea! Semejante a la famosa estatua de Nabucodencor, ha sido bastante el empuje de una piedra rodada del monte, que haciendo en sus pies arcillosos la echó en tierra. El brillo de aquella civilización tan pomposa como huera nos asombraba todavía al hijo de las selvas, con toda su salvaje fiereza, con toda su indomable pujanza.

Será severo inductiblemente el juicio de la historia, al estudiar mañana la conciencia de este desastre sin precedentes, y no podrá ocultar una terrible verdad: que veinte siglos de civilización no han bastado para que el hombre apreciara en toda su trascendencia la importancia de aquel sublime

precepto del Salvador: *Un nuevo precepto os doy, que os améis unos a otros, como yo os he amado*. Siendo muy de notar que el término de comparación del amor que se nos preceptúa es la caridad con que Cristo amó a los suyos, no hasta el fin de su vida pasible, como algunos interpretan, sino hasta el fin del amor, hasta la última sublime expresión de su caridad.

Olvidado este precepto fundamental del cristianismo, fácilmente vuelve el hombre a ser no ya lobo, sino tigre para su semejante, como lo acreditan esas violentísimas pasiones que se enardecen en la guerra. Durísima ha sido la lección que los pueblos no podrán olvidar, durante muchas generaciones; y acaso no sea estéril este oruentísimo sacrificio de la humanidad; porque frecuente es el hecho providencial de que Dios saque grandes bienes de los males que más nos afligen. Los pueblos como los hombres se purifican en la tribulación. El dolor es el crisol en que dejan las escorias de las pasiones los corazones llamados a grandes destinos.

¿Nos reservará el nuevo año la satisfacción de ver cumplidos nuestros impacientes anhelos de que amanezca el día de la paz? Parece que el horizonte se va iluminando, con tintes que mucho se parecen a los de la aurora, y que el mundo se perca de que es imposible continuar una contienda que afecta gravemente a todos, sin que por otra parte se pueda adivinar una finalidad honesta y justa que nos dé la razón de tanta desventura. Este es nuestro deseo, al comenzar el año nuevo: la paz universal.

Aún resuena en nuestros oídos el canto de gloria con que los Angeles anunciaron el nacimiento del Príncipe de la paz. El nombre santísimo del Divino Niño al que hemos rendido homenajes de profunda adoración nos da a conocer que su divina misión no es otra que salvar a la desvalida humanidad. Y nos salvó realmente, abriendo a todos las puertas del cielo y devolviéndonos derechos perdidos a una felicidad eterna. Hemos visto a los sabios y a los ignorantes, a los reyes y a los pastores llegar al pesebre de Belén para adorar al Niño Dios, y presentarle sus ofrendas misteriosas. Sí, pues, los poderosos del mundo, los que dirigen hoy a los pueblos y llevan sobre sus conciencias el enorme peso de las responsabilidades de este incomparable

catástrofe se dejasen influir por el amor que hizo descender desde los cielos a la tierra al Unigénito del Padre, para asumir la humana naturaleza y pagar a la divina justicia la deuda contraída por todos los hombres; si el Príncipe de la paz reinase en todos los corazones, volvería la tranquilidad a todos los hogares, la alegría a todos los pueblos, el bienestar y la felicidad al mundo.

Son preciosos los actuales momentos en que con mas actividad y entusiasmo que nunca se trabaja para convencer a los pueblos beligerantes de la inutilidad de sus esfuerzos y de la oportunidad de estudiar la fórmula con que termine esta situación tan terriblemente desastrosa. Los que por nuestra pequeñez nada podamos influir en esas determinaciones trascendentales, tenemos nuestro puesto de honor muy cerca de la cuna que sirve de trono al Príncipe de la paz. Nuestros anhelos no llegarán ciertamente a las cancillerías; pero pueden subir más alto, y lograr de la divina misericordia que Dios en cuyas manos están los corazones de los hombres, como las divisiones de las aguas en manos están del hortelano, nueva eficazmente a todos aquellos a quienes confió el gobierno de las naciones, para que deponiendo rencores y ahogando pasiones pongan término a tanta desventura.

La oración es la diplomacia más eficaz para interesar al Divino Niño en favor de la humanidad que tan despiadadamente se odia y se aniquila. Y si la oración de los buenos se une a la buena voluntad de los poderosos, tendremos fundamento para esperar que pronto amanezca el día felicísimo de la paz tan universalmente deseada.

PETRONIO

## Plegaria del marinero

Del marino Patrona y estrella del navegante, Virgen del Cielo, perdona que hasta Ti mi voz levante.

Tú eres Reina de los cielos, y del arce emperatriz, y yo soy, con dicha o duelos, un pescador infeliz.

Mas, aunque infeliz y rudo, tanto te adoro, Señora, que a tu protección acudo confiado, hora tras hora.

Si la aflicción me importuna, veo tu manto flotar en el rial de la luna sobre las olas del mar.

Tu dulce voz amorosa

creo escuchar, con delicia, cuando el aura bulliciosa el velamen acaricia.

Y tus ojos que son soles de divina claridad, que tras los arreboles del alba en la inmensidad.

Ruge el temporal deshecho, y aporrota sus agravios con la esperanza en el pecho, con la plegaria en los labios.

Y el oleaje imponente en vano en furor estalla, pues de mi cuello pendiente me defiende tu medalla.

Al son del remo, en los mares te canto, oh Madrel mi amor, y el lastre de mis pesares arrojé por estribor.

Y cuando busco reposo de la barca en el panel, invoco tu nombre hermoso y aun más dulce que la miel.

Avante, Virgen, avante, nunca arríes tu bandera: sé Capitana triunfante de la gente marinera.

Tu escapulario divino iza en tus manos clementes, y no temerá el marino el furor de las rompientes.

¡Orza! Incorruptible nave con todo en Dios el timón, deja que mi voz te siabe y te ame mi corazón.

PILAR DE CAVIA

## Pasaron los Reyes

Y pasaron dejando en pos de sí el rastro luminoso de la pompa y magnificencia que acompaña siempre toda caravana regia venida de los países orientales, donde tienen su natural asiento el fausto deslumbrador y la poesía balboreca.

Como en película cinematográfica, desfilaron, por los campos de la fantasía popular, iluminada con los fulgores de la tradición evangélica, vistiendo riquísimos y amplios mantos de púrpura y armiño, cisnando corona de oro y pedrería, caballeros sobre ligeros dromedarios del desierto, llevando de espaldas a los grandes de aquellos reinos y seguidos de brillante y vistosa cohorte de soldados y palafrancos.

La estrella misteriosa guiaba sus pasos, y las exóticas esbaldaduras venían cargadísimas de ricos presentes y juguetes sencillos que los ilustres viajeros habían de distribuir entre los inocentes rapaces, que, *Andes en la generosidad* y en la ciencia de los extranjeros, habían escrito de antemano sentidas epístolas, encargándoles las mil chucherías deseadas con anhelo y los sa-